

Intervalos cotidianos. El ciclo, la casa y la rutina.**Tiempo, privacidad y hábito en la visión de Rita Felsky**

Federica Matelli¹

Tiempo – Ciclo

Rita Felsky afirma que la vida cotidiana es ante de todo un concepto temporal por cuanto remite al «día a día». En este sentido la mayor característica de lo cotidiano, en términos temporales, es la repetición: las actividades de dormir, comer y trabajar conforman una cadencia diurna, regular y circular, que se inserta en círculos rítmicos cada vez más grandes: el fin de semana, las vacaciones anuales, el comienzo de una nueva estación. Felsky evidentemente retoma la definición de Lefebvre de lo cotidiano como vivencia y tiempo: tiempo repetitivo, tiempo natural, tiempo cíclico. La vida cotidiana está regulada por un conjunto de ciclos y de ritmos, de ciclos de ciclos. Hay un retorno regular de las horas, de los días, de las semanas, de los meses, de las estaciones, de los años, que recalcan una existencia orgánicamente ligada a la naturaleza. Los pueblos y las ciudades también viven en función de estos ritmos, que no rigen solamente la vida individual. El tiempo cíclico no empieza y no acaba; cada ciclo nace de

¹ este artículo es un extracto de las páginas 63-71 de mi tesis doctoral titulada Nuevas perspectivas para lo cotidiano en el arte contemporáneo. Del marco textual al marco especulativo (1980-2014). Link: <http://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/173814>

otro y acaba en movimientos circulares. El ciclo, de hecho, es él mismo una repetición. El tiempo cíclico que caracteriza la vida cotidiana ha sido en el pasado objeto de representaciones mágicas religiosas. Como recalca siempre Felsky, el tiempo no solo es una unidad de medida para la vivencia, sino también una metáfora rica en significados culturales. De hecho, convencionalmente la distinción entre el tiempo circular y el tiempo cronológico se asocia también a la distinción entre femenino y masculino: en este sentido, la repetición de lo cotidiano es un símbolo de la «esclavitud» de la mujer respecto de lo ordinario, de la asociación de la mujer con «la inmanencia» en lugar de con «la trascendencia», vinculada más bien con lo masculino. La asociación entre lo femenino y lo repetitivo, lo cíclico, se extiende, por consiguiente, como veremos en breve, al espacio doméstico y al hábito. Lo cotidiano y su temporalidad, desde el punto de vista de las ideologías, de las ciencias, de la industria, de las representaciones superiores, el tiempo cíclico de la naturaleza y de la vida cotidiana es sustituido por el tiempo lineal, cronológico, a la vez continuo y discontinuo. Tiene un principio y un final: es el tiempo histórico. El tiempo lineal es una abstracción del tiempo cíclico, que es el tiempo real, y se impone a él, a pesar de lo cual el tiempo cíclico persiste inmerso en el tiempo lineal de una manera desapercibida y no expresada, y su repetición es una de las maneras con las que

«organizamos nuestro mundo, damos un sentido a nuestro ambiente y evitamos la amenaza del caos. Es un factor clave en la formación gradual de la identidad como proceso social e intersubjetivo. Más simplemente nos volvemos quienes somos a través de actos de repetición» .

Privacidad - La casa

El segundo aspecto evidenciado por muchos teóricos de lo cotidiano es la privacidad y su relación con lo público. Mientras que por un lado el término «cotidiano» expresa un sentido específico de tiempo cíclico, por otro, según advierte

Felsky, carece de una connotación espacial precisa por cuanto se asocia normalmente con la ausencia de confines y de una clara diferenciación espacial. En realidad, lo cotidiano se suele asociar con diversos espacios, como el lugar de trabajo o el centro comercial, en mucha literatura sobre el tema, pero el espacio que más representa la vida cotidiana de todo el mundo es la casa, el espacio doméstico, en el que se centran muchos teóricos de lo cotidiano como Ágnes Heller, Henri Lefebvre o, más tarde, Jean Baudrillard (en El sistema de los objetos). Felsky recuerda las palabras de Ágnes Heller:

«Parte integral de la vida cotidiana es la conciencia de un punto fijo en el espacio desde el cual “procedemos” (o todos los días o cada periodo de tiempo más largo) y al cual retornamos en el momento oportuno. Esta posición firme es lo que llamamos “hogar”».

La casa representaría entonces ese territorio seguro desde el cual hacer incursiones en otros mundos; es un elemento crucial para la organización de nuestros desplazamientos en el espacio en la vida cotidiana y el lugar en el que, día tras día, se solidifica nuestra identidad personal. La casa es también una cuestión social, un símbolo de nuestra posición en la sociedad: en el Sistema de los objetos, Baudrillard describe el valor simbólico del que están cargados los objetos cotidianos, los muebles y la decoración en una casa de clase media. Y como señala Felsky: «El hogar no es solo una designación geográfica, sino también un resonante símbolo metafísico». Pero a pesar de todo esto, la modernidad no ha sido amable con el concepto de casa y hogar:

«El vocabulario de la modernidad es un vocabulario antihogar. Celebra la movilidad, el movimiento, el exilio, el cruce de fronteras. Habla con entusiasmo del movimiento fuera, en el mundo, pero es silencioso acerca del regreso a casa. Su lugar preferido son las calles de la ciudad, el espacio de encuentros casuales, de eventos inesperados, multiplicidad y diferencia. [...] El fermento caótico está en línea con el espíritu del crítico, descrito como un analista inquieto, constantemente en movimiento. El hogar, por el contrario, es el espacio de la familiaridad, lo aburrido, lo estático. El anhelo del hogar, el deseo de anclarse a un lugar familiar, es juzgado por la mayoría de los teóricos de la modernidad como un deseo regresivo»

La casa es también, obviamente, un lugar marcado desde el punto de vista del género. Al igual que ocurre con la dimensión cíclica del tiempo adscrito a la vida cotidiana, que está asociada con lo femenino, las mujeres han sido vistas durante mucho tiempo como las «almas» del hogar, vinculadas a él también en un sentido físico por medio de la metáfora de la casa como espacio uterino. Por esta razón las feministas a menudo han desmitificado el ideal del hogar como «paraíso» y remanso de paz y lo han descrito más bien como una jaula o una prisión para las mujeres. Esta desmitificación se ha intensificado aún más en la posmodernidad con la apología del sujeto nómada, de los movimientos migratorios y del cambio y la crítica de la espacialidad local y de la vivencia estática, vistas como algo ahistórico, conservador, si no reaccionario. Pero como nos advierte Felsky citando a Michel de Certeau, el significado de la casa y del hogar necesita claramente ser reformulado, primero porque la casa permite una práctica activa del lugar, una vivencia activa y no pasiva del espacio. En casa cada uno produce su propio espacio, que le representa. Aunque sea sinónimo de familiaridad, esa familiaridad es algo construido en el tiempo, sobre todo por medio del trabajo y del esfuerzo de las mujeres. Segundo, porque los confines entre lo que es «casa», lo privado, y lo que no es «casa», lo público, no son tan impermeables, y tienen fisuras.

La separación entre espacio privado y espacio público corresponde a la separación entre vida privada y vida pública, es decir, a la diferencia entre conciencia y conciencia política. Tradicionalmente la vida cotidiana se asocia con la vida privada del individuo, separado de la sociedad, y se distingue de la vida pública, que es el ámbito del ciudadano, del hombre histórico, de los grupos sociales y del Estado. A partir de la crítica posmoderna se asiste a continuos intentos de reducir esa distancia y favorecer la apertura, la participación de la vida privada en la vida colectiva, social y política y al revés, intentos todos ellos de elevar lo privado al nivel de lo colectivo y de lo histórico, al nivel de la política por medio de la conciencia política total. La anulación de la distinción entre público y

privado sigue el ritmo del progreso de la democracia, y a este respecto una vez más quisiera citar a Henri Lefebvre, que afirma que «la democracia va hacia el descenso del Estado y la superación del conflicto público-privado» .

Es importante tener presente que el hogar no es un bastión privado aislado del mundo, sino que también toma forma a partir de deseos, actitudes y fuerzas sociales. Y, por último, recuerda Felsky, la casa es el lugar de conflictos y contrastes, como el conflicto intergeneracional o de género; el lugar donde un adolescente forja su identidad, un lugar de subordinación femenina o también la arena donde las mujeres durante mucho tiempo han demostrado sus competencias y ejercido sus capacidades domésticas, y obviamente también un lugar de distinción social. El hogar, la casa, es un espacio altamente significado, un espacio familiar cargado de signos de necesidades afectivas y pragmáticas:

«Es un lugar de almacenamiento, en un sentido literal y simbólico; el hogar a menudo contiene muchos de los objetos que han contribuido a conformar la historia de una vida, y los significados y las memorias encriptados en ellos. El hogar es, en palabras de Mary Douglas, “una máquina de la memoria”. A este respecto, la atención de Heller en el hogar como elemento central para la organización espacial de la vida cotidiana proporciona un útil correctivo al actual apasionamiento por la movilidad y el viaje» .

La casa puede ser vista como la materialización de uno mismo porque en ella los espacios y los objetos están cargados de significados, valor y memoria, aparte de ser «un lugar de importantes valores humanos, incluyendo la seguridad, la individualidad, la privacidad y la preservación, que necesitan ser reclamados en lugar que despreciados por las feministas» . Al mismo tiempo se puede asociar el hogar a aquel lugar verdadero donde reside la «verdad» de cada uno, realizando una ecuación entre «casa y realidad». En cualquier caso –concluye el ensayo «The Invention of Everyday Life»–, en la literatura y en arte se ha hablado poco de la casa y del hogar porque se consideran fuera del flujo y del cambio que más bien caracterizan la vida moderna, porque se relacionan con la tradición y son juzgados contrarios a la autonomía y a la autodefinición del ser,

pero se olvida que en realidad han sido vitales para la experiencia de la modernidad de muchas mujeres, por lo cual, según la autora, sería necesaria una teoría de la vida cotidiana que explique la dimensión moderna de la experiencia cotidiana de la casa.

Hábito – Rutina

La temporalidad cíclica de lo cotidiano y su dimensión espacial están conectadas, así como lo están al concepto de hábito, de familiaridad y de rutina. El concepto de hábito va de la mano del de automatismo porque ponemos en práctica la mayoría de nuestras costumbres de una forma casi subconsciente, distraída y tal vez involuntaria. La literatura moderna ha promovido una idea contradictoria de lo cotidiano al elogiarlo por un lado pero, por otro, criticando muchos de sus aspectos. Por ejemplo, se critica el hábito cotidiano como sinónimo de esquematismo congelado y tiránico, mientras que por otro lado la vida cotidiana es contemplada como fuente de misterio, espacio de libertad y como posible ámbito de rescate personal. La teoría crítica sobre todo asocia a veces el hábito y la repetición de la vida cotidiana a un estilo de vida burgués, mientras que las teorías posmodernas acerca de la «estetización de la vida cotidiana» dan cuenta de la invasión de nuestras vidas por parte de imágenes y eslóganes de los medios de comunicación de masas que refuerzan nuestras costumbres y hábitos e invaden nuestro día a día sin dejar al individuo ninguna posibilidad de escape de la cultura consumista y capitalista. La propuesta de la teoría crítica es romper el hechizo de la vida cotidiana por medio del juicio y la vigilancia constantes, aunque el sentido común y la rutina nos parezcan algo natural. Otros estudios, como los fenomenológicos, recuerda Felsky, son mucho menos críticos con el hábito rutinario porque consideran lo cotidiano algo evidente en sí mismo, razón por la cual debe ser contemplado como una realidad incuestionable y necesaria más que cuestionable. La realidad cotidiana y sus hábitos son considerados simplemente una realidad, sin necesidad de ulteriores verificaciones más allá de su simple presencia. Felsky recuerda que Ágnes Heller sostiene la imposibilidad de

adoptar una actitud autorreflexiva y crítica hacia todos los aspectos de lo cotidiano porque, de actuar así, simplemente seríamos incapaces de sobrevivir en nuestro día a día. La defensa del hábito por parte de Heller es de tipo pragmático, es decir, para sobrevivir en el mundo y salir adelante necesitamos de la rutina, que es de alguna manera la precondition para la innovación y el cambio. Los estudios fenomenológicos se focalizan en el análisis y en la descripción de lo cotidiano, y por eso no responden explícitamente a cuestiones políticas y de poder. Por su parte, Felsky critica la hiperpolitización de todos los aspectos de la vida cotidiana, operada por la teoría crítica, que tiende a presentar el hábito como un simple vehículo ideológico, como el enemigo de la vida auténtica, que se caracterizaría por el cambio continuo y el flujo de eventos:

«Esto supone, sin embargo, considerar al hábito solo una camisa de fuerza y una restricción e ignorar hasta qué punto la rutina puede fortalecer, confortar y aportar significado. Además, la distraída performance de las tareas cotidianas es seguramente la característica esencial de lo cotidiano, que se produce a través de una amplia gama de historias y culturas. Esto no significa negar las vastas diferencias entre las experiencias particulares de la vida cotidiana, y tampoco el hecho, subrayado por Foucault y Elias, de que la era moderna ha aportado nuevas formas de disciplina interiorizada. Supone más bien argumentar que la actividad “ritual” conocida como hábito constituye un elemento fundamental del ser-en-el-mundo cuyos significados sociales pueden ser complejos y variados. Desde esta perspectiva, el hábito no es algo que podamos esperar transcender. Al contrario, constituye una parte esencial de nuestra inclusión en la vida cotidiana y nuestra existencia como seres sociales. Por ejemplo, la ciudad contemporánea puede constituir un laberinto de infinitas posibilidades, pero aun así en nuestros viajes cotidianos a menudo elegimos dibujar nuestro camino habitual, manipulando el espacio y el tiempo para trazar el mismo recorrido una y otra vez. Además, el hábito no se opone a la individualidad, se entrelaza con ella; nuestra identidad está formada por una mezcla distintiva de patrones emocionales y comportamentales, repetidos en el tiempo» .

Además, lo cotidiano, con sus costumbres diarias, sería un terreno común encima del cual están instaladas las diferencias sociales. Felsky está en desacuerdo con la afirmación muy extendida según la cual solo la élite es libre de transcender lo cotidiano, o sea, que la mayoría de las personas de a pie «no tienen nada más que su vida cotidiana»:

«Esto equivale a imponer una fantasía de homogenización y profunda limitación en las vidas de los individuos de a pie. Seguramente cada vida contiene momentos epifánicos, experiencias traumáticas y nuevos comienzos a partir de la rutina mundana: el éxtasis religioso, la pasión sexual, la dependencia de drogas, el nacimiento, encuentros con la muerte o simplemente momentos de distanciada y pensativa reflexión sobre el significado y el objetivo de la vida. Estos episodios intensos, relevantes y a menudo autoconscientes rompen con la rutina cotidiana del mismo modo que lo hacen los dichos reinos de la filosofía, el arte sublime o el heroísmo masculino. Es difícil afirmar que una experiencia concreta y trascendente de la vida cotidiana pueda ser considerada más o menos genuina que otra. Cada vida, en otras palabras, contiene elementos de ambos, lo cotidiano y lo no cotidiano, aunque algunas vidas están más ancladas en lo mundano que otras» .

En su reconocimiento de la vida cotidiana, Felsky recuerda que esta requiere ciertas formas de conocimiento práctico y capacidades sin las cuales no podríamos sobrevivir, además de ser la esfera de la tipificación, es decir, de una forma de dependencia del «tipo», de la «analogía» y de la «generalización». Pero naturalmente podemos cuestionar nuestras propias creencias: lo cotidiano incluye la –siempre presente– posibilidad de cambio e innovación. Y además la vida cotidiana, dice, no debería ser conceptualizada como un terreno homogéneo y practicable porque comprende una amplia gama de actividades, actitudes y formas de ser, esquemas quebrados, acciones no racionales, conflictos irresolubles y eventos imprevisibles que no se pueden abstraer y generalizar puesto que se conforman como un conjunto de continuas relaciones vivas. En esto sobre todo se asienta su comentario a la crítica, en el cual resuena el pensamiento de Wittgenstein, según el cual esta se reduce a un juego lingüístico que no puede ofrecer una guía para conducir y entender una vida entera.

Federica Matelli es investigadora, profesora y comisaria, ha publicado en diferentes medios, imparte conferencias en seminarios y congresos de distintas instituciones y universidades y realiza investigaciones para organismos públicos y privados dedicados al arte. Ha colaborado con instituciones de prestigio, entre ellas ZKM | Centro para el Arte y la Tecnología de los Medios

(Alemania) y ha trabajado como comisaria independiente en muchos festivales y muestras de carácter internacional. Es doctora en Teoría e Historia del Arte Contemporáneo por la Universitat de Barcelona. Desde un enfoque interdisciplinar, su investigación se centra en el estudio del concepto de lo cotidiano en relación con la sociedad contemporánea y el arte, prestando especial atención al periodo comprendido entre 1980 y 2014, aportando la descripción y análisis de un giro teórico producido a partir de la primera década del siglo XXI que marca el paso del marco textual al especulativo. Propone el estudio de la práctica artística ligada a lo cotidiano en conexión con otras disciplinas, como la filosofía, la sociología o los estudios culturales. Doctora asociada del grupo de investigación Arte, Globalización e Interculturalidad (AGI) de la Universitat de Barcelona, desde el año 2018 colabora con la editorial Materia Oscura (Segovia).

<https://federicamatelli.wixsite.com/federicamatelli>